



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Semana del 11 al 17 de agosto de 2019. Domingo XIX del tiempo ordinario

El combate espiritual: La oración

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Sabiduría 18,6-9: Con una misma acción castigabas a los enemigos y nos honrabas, llamándonos a ti

Salmo: 32: Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.

2ª Lectura: Hebreos 11,1-2. 8-19: Esperaba la ciudad cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios

Evangelio: Lucas 12,32-48: Estad preparados

Monición: En las lecturas de este domingo se subraya la importancia de la fe, de la esperanza y de la caridad. La primera de ellas, del libro de la Sabiduría, nos dice que la noche de la liberación pascual de Israel (que fue de júbilo y bendición para los judíos y de dolor por sus primogénitos para Egipto), había sido anunciada por Dios, para que su pueblo se confortara al ver que el Señor cumplía la promesa en la que ellos habían creído.

La síntesis del salmo es ésta: *“En el Señor está nuestra esperanza, porque Él es nuestra ayuda y nuestro amparo.”*

En la segunda lectura, San Pablo nos dice que “la fe es la forma de poseer, ya desde ahora, lo que se espera, y de conocer las realidades que no se ven y que esperamos”: Nada menos que el Reino de Dios.

Por su fe fueron reconocidos, bendecidos y recompensados Abraham, Sara, Isaac y Jacob. Por la fe vivimos nosotros, ya desde ahora, como ciudadanos del Cielo.

En el Evangelio, Jesús nos recomienda, precisamente con base en nuestra fe, tener la actitud del criado atento, que aguarda en vela el regreso de su amo. Nos invita a que menospreciemos las seguridades terrenas, para ir en búsqueda de los bienes celestiales, pues donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón.

Nos ponemos de pie y escuchamos con atención:

Del Santo Evangelio según San Lucas (Lc 12,32-48) +++ Gloria a ti, Señor

“No temas, pequeño rebaño, porque al Padre de ustedes le agradó darles el Reino. Vendan lo que tienen y repártanlo en limosnas. Háganse junto a Dios bolsas que no se rompen de viejas y reservas que no se acaban; allí no llega el ladrón, y no hay polilla que destruya. Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón.”

Tengan puesta la ropa de trabajo y sus lámparas encendidas. Sean como personas que esperan que su patrón regrese de la boda para abrirle apenas llegue y golpee a la puerta. Felices los sirvientes a los que el patrón encuentre velando a su llegada. Yo les aseguro que él mismo se pondrá el delantal, los hará sentar a la mesa y los servirá uno por uno. Y si es la medianoche o la madrugada cuando llega y los encuentra así, ¡felices esos sirvientes!

Si el dueño de casa supiera a qué hora va a llegar el ladrón, ustedes entienden que se mantendría despierto y no le dejaría romper el muro. Estén también ustedes preparados, porque el Hijo del Hombre llegará a la hora que menos esperan.”

Pedro preguntó: “Señor, esta parábola que has contado, ¿es sólo para nosotros o es para todos?” El Señor contestó: “Imagínense a un administrador digno de confianza y capaz. Su señor lo ha puesto al frente de sus sirvientes y es él quien les repartirá a su debido tiempo la ración de trigo. Afortunado ese servidor si al llegar su señor lo encuentra cumpliendo su deber. En verdad les digo que le encomendará el cuidado de todo lo que tiene.”

Pero puede ser que el administrador piense: ‘Mi patrón llegará tarde’. Si entonces empieza a maltratar a los sirvientes y sirvientas, a comer, a beber y a emborracharse, llegará su patrón el día en que menos lo espera y a la hora menos pensada, le quitará su cargo y lo mandará donde aquellos de los que no se puede fiar.



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Este servidor conocía la voluntad de su patrón; si no ha cumplido las órdenes de su patrón y no ha preparado nada, recibirá un severo castigo. En cambio, si es otro que hizo sin saber algo que merece azotes, recibirá menos golpes. Al que se le ha dado mucho, se le exigirá mucho; y cuanto más se le haya confiado, tanto más se le pedirá cuentas.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

El pasaje del Evangelio que releímos hoy es al mismo tiempo emotivo y racional; es portador de esperanza, pero no deja de ser una seria advertencia para cada uno de nosotros. Jesús le habla a la vez a nuestro corazón y a nuestro cerebro...

Al principio, nos trae un soplo de esperanza, porque el Señor nos dice que no debemos temer, y que somos miembros de su “pequeño rebaño”. Si bien esto de que su rebaño sea “pequeño” podría racionalmente producirnos cierta inquietud (pensando que son pocos porque no es fácil cumplir los requisitos), la esperanza se alienta, cuando nos dice que *“al Padre le agradó darnos su Reino”*.

El contexto dentro del cual Jesús transmite estas enseñanzas es el mismo que el del Evangelio de hace siete días. De hecho, entre el fragmento que leíamos la semana pasada y el que acabamos de releer ahora, sólo hay un texto de apenas diez versículos, en los que Jesús insiste a la multitud con su **“mensaje de desapego”**, hablándoles sobre la importancia vital de no dar tanta preeminencia, tanta relevancia al dinero y a las cosas materiales, para que podamos vivir nuestras vidas como Dios quiere...

“No se atormenten por su vida con cuestiones de alimentos, ni por su cuerpo con cuestiones de ropa...” les dice el Señor, y más adelante insiste: **“No estén pendientes de lo que comerán o beberán: ¡no se atormenten! Estas son cosas tras las cuales corren todas las naciones del mundo, pero el Padre de ustedes sabe que ustedes las necesitan. Busquen más bien el Reino, y se les darán también esas cosas por añadidura.”**

En teoría, sabemos bastante bien lo que tenemos que hacer, pero llegado el momento de tomar las decisiones y actuar, pareciera que nos vence el apego a las cosas, ya sea en el febril anhelo de tenerlas, ya en la preocupación por cuidarlas o “mejorarlas”. Por algo Jesús dice dos veces en aquel pasaje **“no se atormenten”**, y es porque los bienes materiales, su posesión o su dominio, su búsqueda o su “manejo”, con demasiada frecuencia se convierten en un motivo de verdadero **tormento** para los seres humanos: Rompen amistades, quebrantan saludes, desintegran familias pero, sobre todo, **ALEJAN A LAS PERSONAS DE DIOS.**

Hoy el Señor nos aconseja: *“Vendan lo que tienen y repártanlo en limosnas”*, y esto no deja... no puede dejar de sorprendernos. Cualquiera que esté en sus cabales podría legítimamente pensar: *“¡Es una insensatez el desprenderse de todo y regalarlo!”* Pero Jesús decía que **“insensato”** era más bien aquel personaje del Evangelio de la semana pasada, el que estaba sólo calculando lo que haría con sus posesiones y previendo sólo cómo invertiría su dinero, cuando la muerte no tardaría en encontrarle... La pregunta que resta entonces es: **¿Será acaso que Dios quiere que seamos todos pobres...?**

La respuesta a esta pregunta no es fácil. Como dijimos ya antes: no es que el Señor nos quiera a todos indigentes, desprovistos de todo y limosneros, pero **sí** quiere que seamos **“pobres de espíritu”** y eso quiere decir, sencillamente, que no tengamos ningún apego a lo material; que si tenemos algo (poco o mucho) seamos capaces de compartirlo **TODO** con los demás; y si no tenemos nada, que no vivamos amargados, quejándonos de nuestra “mala suerte” en lo económico, o envidiando a los que tienen más fortuna.

“Háganse junto a Dios bolsas que no se rompen de viejas y reservas que no se acaban” —dice el Señor—; *“allí no llega el ladrón, y no hay polilla que destruya.”* Y finalmente sentencia: *“Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón.”*



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Hace algún tiempo reflexionábamos con algunos hermanos en el Apostolado acerca del fruto espiritual que dan las obras de misericordia corporal a quien las practica, y les comentábamos que el “sufragio” obtenido por las limosnas, por ejemplo, actúa prácticamente “para siempre”, mientras siga dando frutos benéficos el bien material donado.

Es decir que, si una persona decide donar todo lo que tiene, por poner un ejemplo... a su Apostolado; y con ese dinero y esas propiedades, el Apostolado decide poner una casa de retiros, un comedor para pobres, un albergue temporal, o un centro de catequesis para jóvenes (por citar algunos ejemplos de lo que podría hacerse con aquellas donaciones), mientras esos donativos sigan haciendo el bien, la limosna dada seguirá produciendo fruto espiritual para quien la dio; es decir, seguirá ganando indulgencias para conmutar los pecados de la persona que las donó, en el caso de que ella ya hubiese muerto, y si lo hace en vida, naturalmente, el Señor le dará más oportunidades de vivir y morir en gracia...

Sabemos que la Palabra de Dios es infalible, y allí podemos leer, precisamente en el libro del Eclesiástico, lo siguiente: *“El agua apaga el fuego ardiente, y la limosna opone resistencia a los pecados. Dios es el proveedor del que hace el bien, se acuerda de él para lo venidero, y al tiempo de su caída hallará apoyo.”* (Ecco 3,33-34).

También leemos en el Libro de Tobías: *“Da limosna de tus bienes, y no apartes tu rostro de ningún pobre; así conseguirás que tampoco de ti se aparte el rostro del Señor. Haz misericordia con todas tus fuerzas. Si tienes mucho, da con abundancia; si poco, procura dar de buena gana aun lo poco; pues con eso te atesoras una gran recompensa para el día de la angustia. Porque la limosna libra de todo pecado y de la muerte, y no dejará caer el alma en las tinieblas. La limosna será motivo de gran confianza delante del Altísimo para todos los que la hacen.”* (Tobías 4,7-11).

¿No es ese un dato interesante, para nosotros, que debemos promover una “Cruzada de Misericordia” en el mundo? Sucede algo similar con las obras de misericordia espiritual que uno hace: Cuando yo “enseño al que no sabe”, o cuando yo “corrijo al que está equivocado” (por poner sólo dos ejemplos de obras de misericordia espiritual), mientras las enseñanzas que yo transmití, y las correcciones que yo hice, vayan dando fruto en otras personas, se reproduzcan positivamente en ecos para la edificación del Reino, yo seguiré recibiendo bendiciones por ese bien que se sigue haciendo; por eso podemos leer, en el libro del Profeta Daniel, lo siguiente: *“los que enseñan la justicia a la multitud, brillarán como las estrellas a perpetua eternidad”* (**Dan 12,3b**). Y si yo ya no estoy aquí, si por el fruto de esas obras, o de otras, y de la Misericordia de Dios (siempre), yo ya estuviera entre los bienaventurados del cielo, las bendiciones recaerán sobre mis seres queridos, tanto por las obras de misericordia corporal, como por las obras de misericordia espiritual que realicé.

Vistas así las cosas, después de todo, no están tan locos los ancianos que donan su patrimonio para obras de misericordia, ¿verdad? Al final, dejarán más bendiciones a sus hijos así, que si les dejan una fortuna y terminan peleando y haciéndose barbaridad y media entre ellos, para ver a quién le toca una “mejor tajada”. ¿“Mejor tajada”? A ver si no se ganan la condenación eterna, de tanta fechoría que a veces se hacen por avaricia.

“...Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón”, nos dice Jesús en el Evangelio que releímos hoy, y eso debe llevarnos a pensar dónde está realmente nuestro “tesoro”...

A través de la Parábola narrada por Jesús en el Evangelio que releímos ahora, y de la explicación que le hace a Pedro luego, recordamos que tendremos que dar estricta cuenta sobre la administración de **todo** lo que el Señor nos presta, cada día, en términos de bienes, talentos, capacidades, tiempo, personas que pone a nuestro cuidado o a nuestro lado, para colaborarles y para que nos colaboren, etcétera, etcétera.

Si vamos tomando conciencia de la gravedad de este asunto (porque esto es en serio grave), reconoceremos



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

que lo más “sensato” es **encomendarnos con insistencia a Dios**, para que Él sea nuestra Luz y Guía permanente; para que nos ayude a descubrir en cada circunstancia Su Voluntad, y nos dé la Fuerza y el aliento para poder cumplirla con amor y entrega; para que nos enseñe a ser juiciosos y sensatos en todo lo que hacemos; para que estemos siempre preparados para recibirle, para encontrarnos con Él, para rendirle cuentas...

No es, por tanto, casual, que la Congregación para el Clero, desde la Santa Sede, recomiende el estudio de los Cánones del Catecismo que nos hablan de la oración (como concordantes con la Liturgia de la Palabra del domingo décimo noveno, que es el que hoy conmemoramos).

Esto es también providencial para nosotros como Apostolado, porque vamos a ir preparándonos ya para iniciar *un tiempo fuerte de oración y ayunos*, que comenzará en el mes de septiembre, de acuerdo con una práctica que ya se ha institucionalizado en el ANE, de hacer dos “Sitios de Jericó” al año.

Ya iremos coordinando con las autoridades nacionales y locales del Apostolado, en todos los lugares donde tenemos presencia, la forma de implementar esta “Campaña de Oración y Ayuno”, pero por lo pronto, prestemos por favor mucha atención a lo que el Catecismo nos enseñará hoy sobre el tema de la oración. Que el Señor nos dé su Espíritu de Amor, de Vigilancia y de Oración.

3.- Preguntas para orientar la reflexión:

- a) ¿Cuán preparado (o preparada) diría yo que estoy, para que en este momento llegara el Señor a pedirme cuentas?
- b) ¿Cómo es mi trato con los que dependen de mí? ¿Es de amor y de paciencia, o los trato poco menos que como a esclavos? ¿Realmente he tenido alguna mejora importante en mi manera de ser, durante este último tiempo? Y si no, ¿a qué se debe?
- c) “*Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón*”, nos dice Jesús ¿Dónde está realmente mi “tesoro”? Pensando honestamente: ¿Será que **mi** tesoro es verdaderamente Dios? ¿Será más bien una criatura, en vez del Creador? ¿Será acaso mi cónyuge, o tal vez mis hijos...? ¿Serán mis posesiones o mis placeres...? ¿Será el dinero, o la búsqueda del reconocimiento de los demás...?
- d) Y muy unido a la anterior pregunta, con la mano en el pecho: ¿Qué es, verdaderamente, aquello que **me mueve** cada día a hacer lo que hago? ¿Y qué es todo lo que hago? ¿Cómo estoy administrando mis bienes, mi tiempo, mis afectos...?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita para que expresen sus opiniones. Como siempre, se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo. Cánones 2725 al 2745

(Leer por favor pausadamente cada párrafo, haciendo un alto después de la lectura de cada uno de los cánones. Se sugiere incluso que alternen dos o tres lectores, para evitar la monotonía y el aburrimiento, pero sin que esto produzca distracción entre los miembros de la “casita”. Organizarse antes de empezar, y luego atender muy bien)

Canon 2730 Mirado positivamente, el combate contra el “yo posesivo y dominador” consiste en la vigilancia. Cuando Jesús insiste en la vigilancia, es siempre en relación con Él, con su Venida, con el último día y con el “hoy”. El esposo viene en mitad de la noche; la luz que no debe apagarse es la de la fe: “Dice de ti mi corazón: busca su rostro”.

2742 “Oren constantemente”, “dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo”, “siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos.” (Ef 6,18).



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

“No nos ha sido prescrito trabajar, vigilar y ayunar constantemente; pero sí tenemos una ley que nos manda orar sin cesar”. Este ardor incansable no puede venir más que del amor. Contra nuestra inercia y nuestra pereza, el combate de la oración es el del amor humilde, confiado y perseverante. Este amor abre nuestros corazones a tres evidencias de fe, luminosas y vivificantes:

2743 Orar es siempre posible: El tiempo del cristiano es el de Cristo resucitado que está “con nosotros, todos los días”, cualesquiera que sean las tempestades. Nuestro tiempo está en las manos de Dios: Es posible, incluso en el mercado o en un paseo solitario, hacer una frecuente y fervorosa oración. Sentados en vuestra tienda, comprando o vendiendo, o incluso haciendo la cocina (San Juan Crisóstomo, ecl. 2).

2744 Orar es una necesidad vital: si no nos dejamos llevar por el Espíritu, caemos en la esclavitud del pecado (Cfr. Gal 5,16-25). ¿Cómo puede el Espíritu Santo ser “vida nuestra”, si nuestro corazón está lejos de Él?

Nada vale como la oración: hace posible lo que es imposible, fácil lo que es difícil. Es imposible que el hombre que ora pueda pecar (San Juan Crisóstomo). Quien ora se salva ciertamente, quien no ora se condena ciertamente (San Alfonso María de Liguorio).

2745 Oración y vida cristiana son inseparables, porque se trata del mismo amor y de la misma renuncia que procede del amor. La misma conformidad filial y amorosa al designio de amor del Padre. La misma unión transformante en el Espíritu Santo, que nos conforma cada vez más con Cristo Jesús. El mismo amor a todos los hombres, ese amor con el cual Jesús nos ha amado. “Todo lo que pidáis al Padre en mi Nombre os lo concederá. Lo que os mando es que os améis los unos a los otros” (Jn 15,16-17). Ora continuamente el que une la oración a las obras y las obras a la oración. Sólo así podemos encontrar realizable el principio de la oración continua (Orígenes, or. 12).

2732 La tentación más frecuente, la más oculta, es nuestra falta de fe. Esta se expresa menos en una incredulidad declarada que en unas preferencias de hecho: Cuando se empieza a orar, se presentan como prioritarios mil trabajos y cuidados que se consideran más urgentes; una vez más, es el momento de la verdad del corazón y de clarificar preferencias. En cualquier caso, la falta de fe revela que no se ha alcanzado todavía la disposición propia de un corazón humilde (porque muy bien dijo el Señor): “Sin mí, no podéis hacer nada” (Jn 15,5).

2729 La dificultad habitual de la oración es la distracción. En la oración vocal, la distracción puede referirse a las palabras y al sentido de éstas. La distracción, de un modo más profundo, puede referirse a Aquél al que oramos, tanto en la oración vocal (litúrgica o personal), como en la meditación y en la oración contemplativa. Salir a la caza de la distracción es caer en sus redes; basta volver a concentrarse en la oración: *“la distracción descubre, al que ora, aquello a lo que su corazón está apegado”*. Esta humilde toma de conciencia debe empujar al orante a ofrecerse al Señor para ser purificado. El combate se decide cuando se elige a quién se desea servir (Cfr. Mt 6,21.24).

2731 Otra dificultad, especialmente para los que quieren sinceramente orar, es la sequedad. Forma parte de la contemplación en la que el corazón está seco, sin gusto por los pensamientos, recuerdos y sentimientos, incluso espirituales. Es el momento en que la fe es más pura, la fe que se mantiene firme junto a Jesús en su agonía y en el sepulcro. “El grano de trigo, si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24).

Si la sequedad se debe a falta de raíz, porque la Palabra ha caído sobre roca, no hay éxito en el combate sin una mayor conversión (Cfr. Lc 8,6.13). **(Nota del Editor del ANE:** En tal caso, hermanos, pues habrá que trabajar con mayor esfuerzo en la propia conversión: vigilando primero los hábitos, analizando luego, minuciosamente, los gustos y preferencias, y finalmente, controlando cada una de las reacciones. El objetivo es sólo uno: hacerse igual a Cristo.)

2733 Otra tentación a la que abre la puerta la presunción (es decir, la vanidad y la soberbia) es la **“acedia”**.



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Los Padres espirituales definen la acedia como una forma de aspereza o de desabrimiento (de disgusto o antipatía por lo espiritual) debidos a la pereza, al relajamiento de la ascesis (o sea: debidos a un descuido en la purificación permanente que debe haber sobre lo que uno mira, piensa, siente y hace), al descuido de la vigilancia, a la negligencia del corazón. *“El espíritu está pronto pero la carne es débil”* (Mt 26,41). El desaliento, doloroso, es el reverso de la presunción (de la vanagloria). Quien es humilde no se extraña de su miseria; ésta le lleva a una mayor confianza, a mantenerse firme en la constancia.

2734 La confianza filial se prueba en la tribulación (Cfr. Rom 5,3-5), particularmente cuando se ora, pidiendo para sí o para los demás. Hay quien deja de orar porque piensa que su oración no es escuchada. A este respecto se plantean dos cuestiones: Por qué la oración de petición no ha sido escuchada; y cómo la oración es escuchada o “eficaz”.

2735 He aquí una observación llamativa: cuando alabamos a Dios o le damos gracias por sus beneficios en general, no estamos preocupados por saber si esta oración le es agradable. Por el contrario, cuando pedimos, exigimos ver el resultado. ¿Cuál es entonces la imagen de Dios presente en este modo de orar: Dios como medio (para conseguir lo que quiero), o Dios como el Padre de Nuestro Señor Jesucristo (y Supremo Bien)?

2736 ¿Estamos convencidos de que (como dice el Apóstol Pablo) “nosotros no sabemos pedir como conviene”? (Rom 8,26) ¿Pedimos a Dios los “bienes convenientes”? Nuestro Padre sabe bien lo que nos hace falta antes de que nosotros se lo pidamos, pero espera nuestra petición porque la dignidad de sus hijos está en su libertad. Por tanto, es necesario orar con su Espíritu de libertad, para poder conocer en verdad su deseo (Cfr. Rom 8,27).

2737 “No tenéis porque no pedís. Pedís y no recibís porque pedís mal, con la intención de malgastarlo en vuestras pasiones”. Si pedimos con un corazón dividido, “adúltero”, Dios no puede escucharnos porque Él quiere nuestro bien, nuestra vida. “¿Pensáis que la Escritura dice en vano: ‘Tiene deseos ardientes el espíritu que Él ha hecho habitar en nosotros’? Nuestro Dios está “celoso” de nosotros, lo que es señal de la verdad de su amor. Entremos en el deseo de su Espíritu y seremos escuchados:

No te aflijas si no recibes de Dios inmediatamente lo que pides: es Él quien quiere hacerte más bien todavía mediante tu perseverancia en permanecer con Él en oración. Él quiere que nuestro deseo sea probado en la oración. Así nos dispone para recibir lo que Él está dispuesto a darnos (San Agustín, ep. 130, 8, 17).

2738 La revelación de la oración en la Economía de la salvación enseña que la fe se apoya en la acción de Dios en la historia. La confianza filial es suscitada por medio de su acción por excelencia: la Pasión y la Resurrección de su Hijo. La oración cristiana es cooperación con su Providencia y su designio de amor hacia los hombres.

2739 En San Pablo, esta confianza es audaz, basada en la oración del Espíritu en nosotros y en el amor fiel del Padre que nos ha dado a su Hijo único. La transformación del corazón que ora es la primera respuesta a nuestra petición.

2740 La oración de Jesús hace de la oración cristiana una petición eficaz. Él es su modelo. Él ora en nosotros y con nosotros. Puesto que el corazón del Hijo no busca más que lo que agrada al Padre, ¿cómo el de los hijos de adopción, se apegaría más a los dones que al Dador?

2741 Jesús ora también por nosotros, en nuestro lugar y en favor nuestro. Todas nuestras peticiones han sido recogidas una vez por todas en sus Palabras en la Cruz; y escuchadas por su Padre en la Resurrección: por eso no deja de interceder por nosotros ante el Padre (Cfr. Heb 5,7; 7,25; 9,24). Si nuestra oración está resueltamente unida a la de Jesús, en la confianza y la audacia filial, obtenemos todo lo que pidamos en su Nombre, y aún más de lo que pedimos: recibimos al Espíritu Santo, que contiene todos los dones.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

CM 93 Todo está en Mis manos, pero tú tardas en creerlo, entonces procedes como dueño. En cambio, te digo que eres apenas un administrador, y muy poco fiel, porque actúas, en las cosas, como dueño absoluto, muchas veces sin pensar que administras lo que te fue dado, aun cuando ha sido ganado y con fatiga. Debería llamarte ladrón, pero esta palabra ofende tus oídos y entonces te llamaré un alocado. ¡Al menos reflexiona en lo que obtienes de muchas de tus llamadas propiedades! Bienestar de una hora y tal vez ni eso, paz, poca; poquita alegría.

7.- Virtud del mes: Prudencia (CIC, cánones: 1806—1835—1906—1805—1787—788)

Esta Semana veremos el canon 1835, que dice lo siguiente:

1835 La prudencia dispone la razón práctica para discernir, en toda circunstancia, nuestro verdadero bien, y elegir los medios justos para realizarlo.

Y La Gran Cruzada nos dice:

CS-80 Digo estas cosas hoy que el afán por la materia se ha generalizado tanto que los valores del espíritu han caído en olvido y desprecio. Digo estas cosas para aprobar el santo desprecio que los cristianos tienen de las cosas materiales, ya que por ese desprecio ellos pueden llegar a apreciar realmente todos los dones que Yo les hago en premio de la confianza que Me tienen. Y quiero que tú, jefe de familia, infundas en el corazón y en la mente de los que te He confiado, un particular apego a Mi Providencia de la cual siempre obtienen beneficios.

Sean prudentes sus palabras, a fin de consolidar esos santos pensamientos en torno a cada uno de ustedes y a este propósito Me será grato que abandonen la consideración (y las palabras) sobre las injusticias humanas que los privan de lo que les atañe.

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: Me confesaré y lucharé para permanecer siempre en estado de gracia, apoyándome en la oración. Iré frente al Señor para meditar, en oración, cuáles son los tesoros de mi corazón y en qué orden se encuentran. Haré, con la ayuda del Señor, los “ajustes” necesarios en ese orden de prioridades, conforme la convenga a mi alma.

Revisaré cómo voy con la ANE-Ofrenda Misionera; me pondré al día, si no lo estoy. Veré si puedo contribuir un poco más con la Obra.

Con la virtud del mes: Explicaré a mi familia lo que significa la Providencia Divina, la confianza que debemos tener en Dios, y el esmero que debemos poner para hacer siempre Su Voluntad. ¡Practicaré lo que enseñé...!

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo y/o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.*